



LA MÚSICA Y EL NIÑO

El sonido, el silencio, el ritmo y la melodía forman parte de la vida del niño desde muy temprana edad. A través de la voz de la madre, que él escucha desde el vientre; de las canciones de cuna, que le ayudan a relajarse y dormir; al oír la voz del padre y de los hermanos, al escuchar pronunciar su nombre, o al escuchar contar historias; el niño empieza a componer su mundo sonoro. Este universo se amplía cada día al escuchar el canto de los pájaros por la mañana, el ladrido del perro, los sonidos cotidianos de los objetos de la casa, los sonidos de la calle, En este camino el niño explora alegremente su entorno y su propio cuerpo, reproduciendo con ritmo y melodía sonidos como los de un coche o un avión. Antes de completar un año él ya mueve su cuerpo al escuchar la música que tanto le atrae y fascina.

El educador musical no conduce al niño desde la nada musical hasta un nivel de competencia, sino que tiene como tarea inicial incitarle para que haga lo que ya hace, que es interesarse por los objetos que producen sonidos, actuar sobre éstos y, consecuentemente, sobre los sonidos, ayudándole a prolongar esta exploración con el objetivo de realizar secuencias musicales. A partir del comportamiento espontáneo del niño, el educador musical tiene como misión despertar sus aptitudes generales para escuchar e inventar.

Según Piaget, hasta los dos años el niño utiliza prioritariamente su experiencia sensorio-motriz para adaptarse al mundo exterior, *juego sensorio-motor*, lo que se relacionaría con la investigación del sonido. La expresión y la significación de la música se acerca al *juego simbólico* (2 a 7 años), y la organización musical al *juego de reglas* (7 a 11 años). Cada uno de estos períodos citados por Piaget, se dan aproximadamente en estas edades, quedando lo esencial de cada período como subestructura para el desarrollo del próximo. A partir de estas perspectivas, podemos desarrollar sucesivamente los diferentes aspectos de la práctica musical con niños de distintas edades, centrando actividades con gesto y sonido para los mas

pequeños; de carácter simbólico para los de la escuela infantil; y de ejecución y juego musical con reglas, para los mayores.

Es importante la sensibilización del niño por la música, partiendo de su propia naturaleza musical y alentando un despertar creciente. La motivación, el motor que posibilita el aprendizaje, se basa también en la apertura para que el niño pueda expresarse y crear. Es fruto de un aprendizaje adecuado a su mundo lúdico, su edad, su capacidad imaginativa y su encanto por la música.

Preservar y estimular la sensibilidad por los sonidos, la capacidad de encontrar en ellos una significación y de gozar de su organización musical, es una tarea primordial para el educador que desea incentivar y desarrollar la fascinación del niño por la música, ayudando en la formación del futuro músico, o amante de la música, para que permanezca con la misma alegría del niño pequeño que se movía al escucharla.

Edilene de Souza
Licenciada en Psicología y
Prof. de Iniciación Musical